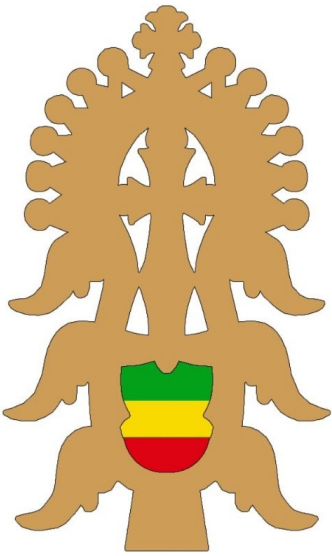




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Fifth Sunday of Zemene Tsom (*The Season of Lent*)

Liturgical Readings:

1 Thes. 4:13 – end; 2 Pet. 3: 7- 15; Acts 24: 1 -22

Psalm 50:3-4;

Mat. 24:1—36

The Anaphora of Saint Athanasious

El Monte de los Olivos

Amados en Cristo, hoy la Iglesia Ortodoxa Etíope celebra el día sagrado conocido como **Monte de los Olivos**, nombre dado por nuestro santo San Yared. En esta venerable montaña, nuestro Señor Jesucristo reveló a Sus discípulos los profundos misterios del fin del mundo y del **Día del Juicio**. Al meditar en las Sagradas Escrituras, comprendemos que el Monte de los Olivos no es sólo un lugar geográfico, sino un escenario divino donde se despliega el plan de Dios para la humanidad —un plan de misericordia, profecía, juicio y esperanza.

El Monte de los Olivos se encuentra al este de Jerusalén, dominando la ciudad y separado del **Templo de Zorobabel** por el valle del Cedrón. Cerca de allí se halla **Betfagé**, desde donde el Señor inició Su entrada triunfal en Jerusalén —el día que hoy celebramos como **Domingo de Ramos**. En aquel día, Él descendió del monte, cumpliendo la antigua profecía, y la multitud exclamó: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (Marcos 11:1-11). A los pies de esta montaña sagrada se encuentra **Getsemaní**, donde nuestro Salvador oró con angustia la noche anterior a Su crucifixión, ofreciéndose como el Cordero que carga con los pecados del mundo (Mateo 26:30-36). Desde el Monte de los Olivos, después de Su resurrección, Él ascendió al cielo, bendiciendo a Sus discípulos y llenándolos de asombro (Lucas 24:52; Hechos 1:12). El profeta Zacarías anuncia que, en el día del Juicio, los pies del Señor se posarán sobre esta misma montaña, designándola como el lugar del juicio divino (Zacarías 14:4). Por ello, la quinta semana de la Cuaresma, según el calendario de la Iglesia Ortodoxa Etíope, se llama **Monte de los Olivos**, y el Evangelio de este día es Mateo 24:1-36.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que los caminos de Dios siempre se han revelado en los montes. Pensemos en el Monte Tabor, donde la gloria de Dios resplandeció ante los discípulos durante la Transfiguración. De igual manera, el Monte de los Olivos se convirtió en el lugar donde Cristo reveló a Sus discípulos las señales del fin de los tiempos. Cuando salió del Templo con Sus discípulos y se dirigió al Monte de los Olivos, ellos señalaron la majestad del **Templo de Zorobabel**, y el Señor declaró solemnemente: «No quedará aquí piedra sobre piedra» (Mateo 24:1-2). En la montaña, Él les reveló los acontecimientos que precederían Su venida. Muchos se levantarán afirmando ser el Cristo (Mateo 24:4-5), estallarán guerras y rumores de guerras, naciones se levantarán contra naciones (Mateo 24:6-7), hambre y terremotos sacudirán la tierra (Mateo 24:7-8), los cristianos serán perseguidos (Mateo 24:9), y la iniquidad se multiplicará, con contiendas y falsedades por doquier (Mateo 24:10-13). Sin embargo, en medio de este caos, el Evangelio será predicado por todo el mundo (Mateo 24:14), y los fieles están llamados a velar, porque la abominación profetizada por Daniel aparecerá (Mateo 24:15), y quienes estén en la ciudad deberán huir a los montes (Mateo 24:17-28). Cristo luego dio la parábola de la higuera: cuando su rama se vuelve tierna y brota hojas, sepan que el verano está cerca. Esto simboliza la restauración de Israel y la cercanía de Su segunda venida (Mateo 24:32).

Las señales de la venida del Hijo del Hombre nos recuerdan que todo será revelado: Él vendrá con Sus ángeles, y toda la humanidad se presentará ante Él para el juicio. Los justos serán separados de los impíos, como se describe en Mateo 25:31-46, los pecadores a la izquierda, los justos a la derecha. A los justos cesará el sufrimiento, se secarán las lágrimas, y sus cuerpos espirituales resucitarán glorificados, incorruptibles y perfectos (Apocalipsis 21:4; 1 Corintios 15:42-45). Serán elevados para recibir al Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:16-17) y verán al Señor cara a cara (1 Corintios 13:12; Apocalipsis 1:7; 22:4), transformados a Su imagen (1 Juan 3:2). Participarán de las bodas del Cordero (Apocalipsis 19:8-9), heredarán el Reino de los Cielos (Mateo 25:34), habitarán en la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21:2-3) y recibirán su recompensa eterna (Apocalipsis 22:12; Daniel 12:3; 2 Timoteo 4:2-3; 1 Corintios 9:25; 1 Pedro 5:4; Filipenses 4:1; 1 Tesalonicenses 2:19). Habitarán en moradas no hechas por manos humanas (2 Corintios 5:1-2; Juan 14:2-3), en un mundo renovado y perfecto, libre de tinieblas, sufrimiento o dolor (Apocalipsis 22:5), y el nombre del Salvador estará escrito en sus frentes (Apocalipsis 22:4). Dios mismo será su Padre (Apocalipsis 21:3-9).

El Antiguo Testamento testimonia a los fieles que buscaron refugio en las montañas en tiempos de prueba. Pensemos en el rey David, huyendo de Absalón, que subió a las montañas confiando en la providencia divina (2 Samuel 15:30). Pensemos también en los ciegos que recobraron la vista, en los enfermos sanados incluso en sábado y en los afligidos levantados de sus lechos. Estos milagros prefiguran la curación definitiva y la resurrección de los justos en el Día del Juicio.

La misión de Cristo comprende dos grandes venidas. En Su primera venida, Él se hizo uno de nosotros, nacido de la Virgen María, sanó a los enfermos, enseñó con autoridad, sufrió, fue crucificado y luego ascendió al cielo. En Su segunda venida, Él aparecerá en gloria para juzgar a vivos y muertos, separar a los justos de los impíos y otorgar la vida eterna a Sus fieles. Como enseñan los apóstoles, Él vino una primera vez para ofrecerse como sacrificio y volverá para manifestar Su gloria y justicia (Hebreos 9:26-28).

El Monte de los Olivos, amados, nos llama a la vigilancia, a la santidad, a guardar la verdad del Evangelio y a preparar nuestros corazones para el día del Señor. Así como los justos serán elevados para recibir la vida eterna, también nosotros estamos llamados a seguir a Cristo en nuestras acciones, mostrando misericordia, fe y perseverancia. Así como Él ascendió en gloria desde el Monte de los Olivos, los fieles serán elevados, revestidos de gloria eterna, para habitar para siempre en Su luz.

¡Gloria al Dios Todopoderoso! Amén.